

CARTA A LOS MISIONEROS CLARETIANOS EN FORMACION

Seguramente que, a estas fechas, habréis leído la Carta Circular que he dirigido a la Congregación con ocasión de la Beatificación de nuestros hermanos Mártires de Barbastro. Muchos párrafos están escritos, sobre todo, pensando en vosotros y también en vuestro formadores (Sacerdotes y Hermanos), pues la Comunidad de Barbastro era una **Comunidad Formativa**.

Ahora, de forma más familiar, me dirijo sólo a vosotros porque su denso y vibrante mensaje os pertenece de manera especial. La mayor parte de ellos eran jóvenes y los mensajes escritos en la cárcel, que ahora conservamos y admiramos, eran suyos. Para los Mártires, vosotros formáis parte de la Congregación que había de venir y extenderse por todo el mundo. Ahora sois miembros de la misma comunidad; os anima idéntico ideal misionero y os halláis dispuestos a anunciar la Buena Nueva a los pobres por los cinco continentes.

1.- En diálogo con los Mártires

Dos compañeros de nuestros hermanos de Barbastro "pudieron escapar para traernos la noticia"(cf Job, 1,15-19). Los estudiantes argentinos, Pablo Hall y Atilio Parussini, relataron los acontecimientos y contaron los sentimientos que embargaban a los Mártires durante los días previos a su holocausto. Ellos recibieron la reiterada encomienda de hacer saber al P. General que morían contentos, fieles a su vocación y deseosos de contribuir con su sangre derramada al crecimiento y expansión de la querida Congregación. Recordad lo que dicen en la **Carta a la Congregación** y en la **Ofrenda última a la Congregación**, escrita el día 12 de agosto, víspera de la liberación de los dos estudiantes argentinos. Pablo Hall refiere también este hecho: *"El Sr. Juan Baixeras con un grupo regular me encargaron decir al P. General que se alegrase de tener en la Congregación, cuyos destinos rige, hijos que a ejemplo de su santo Fundador saben arrostrarlo todo, hasta la misma muerte, estimulados por su sublime ideal"* (AC, 1937,77).

Cuando, al poco tiempo de ser elegido Superior General, releí estos testimonios me sentí conmovido. Me impresionó sobremanera el interés de estos jóvenes por hacer saber al Superior General su estado de ánimo y su última voluntad. Tuve la sensación de que su **testamento** se hacía, ante la ya próxima Beatificación, palabra interpelante y renovada ofrenda. Como si nuestros hermanos Mártires siguieran enviando su mensaje a la Congregación y esperasen la respuesta. Como si desearan reavivar aquel **diálogo** iniciado con nosotros el día de su muerte y quisieran animarnos a redoblar el entusiasmo en la entrega de nuestra vida por el Evangelio.

En este **diálogo abierto**, en el que nos toca tomar la palabra, desearía que participarais también vosotros, jóvenes misioneros en formación. Si ellos, en vísperas del martirio, desearon que el P. General conociera sus profundos sentimientos y convicciones, ahora, en este nuevo contexto, es el P. General el que, en fuerza del testimonio que nos dejaron, expresa sus sentimientos y os propone confrontéis vuestras inquietudes y esperanzas misioneras con las

suyas. Ellos se sentían dichosos de ser Hijos del Corazón de María y de pertenecer a la Congregación; estaban atentos a los desafíos misioneros de su tiempo y preparaban con mirada universal su ya próximo ministerio; habían integrado en su espiritualidad la persecución y se hallaban dispuestos a morir por cuanto habían profesado.

Estos hermanos nuestros, formados en el seguimiento radical de Jesucristo, tan ilusionados con su vocación, tan clarividentes en la jerarquización de valores y tan decididos para jugarse la vida por lo único necesario, ¿no están pidiendo de nosotros un poco más de pasión y entusiasmo en el compartir la vida y la misión de Jesús? ¿No intentan recrear y fortalecer nuestra audacia para dejarlo todo por el Reino? ¿No nos estimulan a hacer más viva nuestra fe y más ardiente nuestro amor a María, a la Iglesia y a la Congregación? A la vez, ¿no ponen a revisión nuestros criterios y, sobre todo, nuestras actitudes de indiferencia, inmediatismo, dispersión, flojedad y cobardía?

En diálogo sincero con nuestros Mártires podemos aprender a ser **coherentes**, a ajustar la vida cotidiana con las exigencias de la incondicional entrega a la causa de Jesús, que es la causa del pobre, del marginado, del indefenso. Con su talante en el modo de afrontar la muerte nos ofrecieron un serio correctivo contra el ensueño y los mesianismos fáciles. Vinieron a decirnos que no podemos abdicar de nuestro propósito de seguir a Jesús, como claretianos, por veleidades ni caprichos momentáneos. En los momentos de la prueba, con su martirio, acto supremo de amor a lo definitivo, nos evocan las palabras de la Carta a los Hebreos: "No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el mal" (Heb 12,4).

2.- Fidelidad al futuro

No os invito a que miréis hacia atrás, sino a que prestéis atención al futuro que nuestros hermanos Mártires entreabrieron con su sacrificio y que nos queda por realizar. Ellos vivieron su momento histórico, social, eclesial y congregacional, que es muy distinto al nuestro. Pero la afirmación de los valores que sellaron con su sangre es todo un "grito profético" para todos los claretianos, y, en particular, para los misioneros en formación.

Fidelidad al futuro es tanto como decir fidelidad al Espíritu que quiso iniciar en la Iglesia una comunidad semejante a la formada por Jesús con los Apóstoles para que estuvieran con El y anunciaran el Evangelio. Esta comunidad, iniciada por Claret, es un proyecto abierto. Como fue inspirada por el Espíritu y está guiada por El, conlleva permanentes signos de novedad y de sorpresa. Por eso, la fidelidad al futuro, a la vez que nos abre a la gratuidad, ensancha la mirada y el corazón hacia horizontes de universalidad y de solidaridad. La fidelidad al futuro pide estar dispuestos a acoger el imprevisible plan de Dios y a renunciar a nuestros más acariciados planes personales.

Cuando los Mártires expresan su amor a la Congregación, no se miran a sí mismos. No hay en ellos narcisismo de grupo. La Congregación para ellos es la comunidad universal extendida por los distintos países que vive entregada al servicio del Evangelio según el espíritu misionero del Santo Fundador. Aman la Congregación como a Madre y Maestra que le ha engendrado en la vida misionera y le ha enseñado a seguir a Jesucristo, a servir a la Iglesia y a

amar a los pobres.

Amor a la Congregación y futuro de la Congregación, en ellos, iban unidos. Amaban, es cierto, de manera muy concreta, a las personas, obras y actividades apostólicas de los años 30. Pero su amor a la Congregación tenía una referencia mucho más amplia y profunda: la mística misionera subyacente en su vocación de Hijos del Inmaculado Corazón de María, según el memorial claretiano. Por eso pudieron anticipar, en su holocausto, lo que había de ser para nosotros tarea permanente: una vida misionera llena de espíritu evangélico y de caridad apostólica, capaz de atravesar las fronteras y de llevar la Palabra de vida a todos los hombres.

Amaban la Congregación con el amor que el Espíritu pone en el corazón de los que El llama a estar con Jesús y a anunciar su Reino. Sentían su vocación misionera como un **sublime ideal** que estaban realizando con entusiasta fidelidad creadora y que les habría horizontes de universalidad y de solidaridad, a la vez. Vivían gozosamente su condición de *hijos queridos* de la Madre Congregación, a la que veían como comunidad misionera que proyectaba su empeño evangelizador por la geografía universal de los pueblos y por los siglos venideros. No es, pues, de extrañar que, al despedirse de la Congregación, a la vez que le *ofrecían sus dolores y angustias en holocausto expiatorio por sus deficiencias y en testimonio de su amor fiel, generoso y perpetuo*, elevaran su oración rogando *a Dios para que su sangre, entrando roja y viva por sus venas, estimulase su desarrollo y expansión por todo el mundo*. Y que con singular convencimiento se atrevieran a decir: *"Mientras tengas hijos como los que tienes en Barbastro, no dudes de que tus designios son eternos"*

El futuro preanunciado por ellos somos nosotros. Es difícil decir si colmamos sus expectativas. Pero una cosa es cierta. La Congregación advierte que la sangre de los Mártires corre por sus venas y se siente impulsada a una renovación profunda, de radicalismo evangélico, y lanzada hacia adelante, en vanguardia misionera. No son afirmaciones gratuitas. La Congregación no es perfecta. Tiene muchas limitaciones y deficiencias, reiteradamente confesadas. Pero está viva y experimenta la fuerza del Espíritu que le ha dado origen en la Iglesia para su servicio. Examinad, si no, su vida y descubriréis que son muchos los hermanos que buscan en todo, con honda preocupación, la "gloria de Dios", la realización de su Reino, en este mundo; que padecen hambre y sed de justicia y que han sabido dejar familia, legítimas aficiones personales, cultura, todo por Cristo y su Evangelio.

3.- Mientras tengas hijos como los que tienes en Barbastro

Los Mártires pensaban en la Congregación como un **proyecto abierto** a realizar entre todos sus miembros, los que entonces vivían y los que habíamos de venir. Se sentían deudores de la herencia carismática recibida y se veían obligados a contribuir en su crecimiento. Con gozo aportaron todo lo que tenían: la propia vida en holocausto perfecto. Desde esta incondicional entrega, comenzaron a ser miembros activos de nuestra comunidad misionera, pues se convirtieron en cualificados e imperecederos testigos del Reino.

Por ser un proyecto abierto, la Congregación, en tanto que comunidad servidora del Evangelio, está esperando nuestra personal contribución. Hemos sido con-gregados para

anunciar con la vida y con las palabras la Buena Nueva a los pobres.

A veces se escuchan preguntas como éstas: ¿Qué me ofrece la Congregación? ¿Qué perspectivas tiene? ¿Merece la pena empeñar la vida en ella? Este tipo de preguntas no caben en la mente, y menos en el corazón, de quien reconoce que ser Hijos del Inmaculado Corazón de María al estilo de Claret es un don de Dios y que es una gracia seguir a Cristo, servir a la Iglesia y trabajar para que todos los hombres conozcan y amen a Dios Padre.

Cuando se tiene esta experiencia de gracia y se vive con entusiasmo las preguntas se convierten en afirmaciones de entrega creativa y solidaria sin sospechas y sin reservas. Si queremos una Congregación mejor, más evangélica, más misionera, más comprometida en los frentes donde se libra la causa de Jesús, tenemos que hacerla entre todos ofreciendo lo mejor de nosotros mismos.

Nuestros hermanos Mártires, antes de morir, dijeron a la Congregación: *"Mientras tengas hijos como los que tienes en Barbastro, no dudes de que tus designios son eternos"*. Quizá nos parezca excesivo su atrevimiento. Bien meditada la expresión, se ve que no lo decían sólo porque se sentían fuertes ante la muerte, sino porque estaban muy bien preparados para afrontar situaciones límites. Por eso, ellos son maestros en cómo se hace y acredita la Congregación Claretiana como comunidad misionera con futuro esperanzador.

La Congregación está empeñada en responder con generosidad a la llamada de la misión "ad gentes" y a la Nueva Evangelización desde nuestra específica condición de misioneros, servidores de la Palabra. Además de revisar y cualificar muchos de los servicios que presta en las distintas iglesias particulares, ahora mismo tiene en proyecto consolidar las nuevas fundaciones de Rusia y de fundar en China, en Brazaville, en el Africa Oriental y en el Este Europeo. La llamada a hacer realidad estas propuestas es para todos los miembros de la Congregación, incluso para los miembros de los Organismos pequeños o de reciente creación. Todos los claretianos debemos sentirnos disponibles para ir a anunciar el Evangelio allí donde se aprecia mayor necesidad de la palabra de Dios, como diría el P. Claret.

Como veis, queridos hermanos, la Congregación tiene el futuro que queremos darle entre todos. Los Mártires de Barbastro ofrecieron su vida en un momento preciso de tener que confesar su fe. A nosotros se nos ofrece la oportunidad de ir entregando la vida sucesivamente testimoniando que el Señor viene y hace nuevas todas las cosas.

Termino con las palabras de la primera carta del San Juan:
"Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno."

Vuestro afmo hermano in C.M.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General.

Roma, 24 octubre, 1992.